

INEDITOS DE HORACIO MARTIN

El poeta Horacio Martín ha desaparecido de nuevo. Acaso el lector no ha olvidado la edición de sus *Rubáiyátas*, publicada hace algún tiempo en la colección «Palabra viva». En el prólogo de esa edición se proponía —y con tufo de certidumbre— la muerte «voluntaria» del poeta. Por fortuna, aquella certidumbre era —como muchas otras— sólo un deseo encubierto o, en el mejor caso, un temor. El dilatado e impetuoso ensayo que André G. Xílef publicó muy poco después sobre esa obra de Martín y sobre la infamia agrupada por sus más lamentables comentaristas motivó que la edición rápidamente se agotase; el comercio debe mucho al fanatismo y al terror. Quizá también a la amistad. Preparo ahora una reedición de *Rubáiyátas*, en la que agregaré el texto de Xílef, varios inéditos de Martín, algunos documentos que no creo carentes de interés. Apunto estos datos para conocimiento del lector de Martín, pero también para conocimiento del propio poeta; no tengo otra forma de hacerle saber la noticia de esta reedición (o de recibir su negativa, si es que no la desea), ya que ignoro dónde toma su café, elige sus palabras, fuma sus cigarrillos, mira pasar la gente o es gente que pasa; como dije, ha desaparecido de nuevo. Los poemas que siguen son parte de esos inéditos, que no omitiré incluir en la reedición de *Rubáiyátas* (y que se llamará *La fábula de Horacio Martín*). Me los hizo llegar su autor desde Bélgica. No me prohibió su publicación, y por eso dispongo de ellos. También porque soy, creo, su más paciente amigo. Dondequiera que estés, Horacio, recuerda a don Antonio: «En mi soledad / he visto cosas muy claras / que no son verdad». Tal vez ese poema alguna noche cenagosa nos salvará la vida.—F. G.

EN ESTE POEMA

Otros envidian a los héroes
yo respeto mucho a los locos
Otros remedan a sus líderes
yo medito en los suicidados
Otros adoran al porvenir
yo leo estadísticas sobre la Bomba
Otros se entregan de bruces a un dios
yo aprieto los dientes y paso como puedo
Otros aparentan o tienen fortaleza
yo soy mi horror y mi disipación
Otros se llenan el pecho de himnos
casi hasta reventar de victorias
yo ausculto la guerra y veo sólo

barro fémures y violaciones
Otros creen que el hombre es hermoso y delinque
yo creo que es inocente y sórdido
Otros creen que la cobardía y el coraje
están separados por una frontera
yo creo que el miedo y la agresión
tienen una frontera que a menudo los une
Otros envejecen entusiasmados
yo escucho la carcoma en mi juventud
Otros desearían morir sin darse cuenta
a mí me da exactamente lo mismo
Otros se hacen esclavos de su conducta
yo la busco sin fin entre mi terremoto
Otros llevan flores a sus antepasados
yo floto en el reloj con una cana negra

Ellos tienen razón yo estorbo
Yo no deseo destruir ellos están dispuestos
Ellos van a morir yo también

En este poema hay carroña y angustia

SUPERFICIES

Aquí, en la superficie
o simulacro del sentido,
en esta tosca ceremonia
del coexistir, en este
decálogo de convenciones,
aquí, en lo racional,
en lo cotidiano, en lo amable

aquí la confusión y la vejez
avanzan, y nos dejan
desorientados, llenos
de suave histeria corrosiva,
incapaces de comprender
la vida, la muerte y el nombre.

Allí, en el fondo, donde
excepto la sorpresa
todo sería previsible,
donde la palabra sentido
no ha nacido ni va a nacer,
donde podría tocarse
el asco, donde todo
es verdaderamente horrible
pero mucho menos impuro
que la simulación

allí, en el fondo, ¿aguarda,
por ventura, el descanso?

Cállate y baja, corazón.

OH MATERIA MATERIA

Somos los pálidos inconformes
Los perpetuamente ofendidos
Los lujuriosos de la sinceridad
Somos los derrotados más inmortales
Los antiquísimos que no desaparecen
Los victoriosos más maltrechos
Somos la canción más horrenda
Somos ese rostro espantoso
que ninguna máscara encubre
Somos una mirada voraz y aborrecida
desde el origen de las comunidades
Cuanto oculta a lo oculto nos mancilla
Una mentira nos desazona
Somos los enemigos extraños

Desde el origen de las comunidades
nos vienen arrojando al fuego
Nuestra palabra favorita es *no*
por ella nos aíslan nos torturan
nos asesinan como a perros

Hace miles de tiempos alguno de nosotros
fue sacrificado en la tribu
Aquel áspero antepasado
arrancó la máscara al brujo
y vociferó: ¡Vedlo
le aterra la naturaleza
su magia es de horror y mentira!
Señaló al patriarca y proclamó
que su poder estaba formado
por la sumisión y el terror
de la congregación Hizo un gesto
que abarcaba la tribu entera
y mordió estas albas palabras:
¡Vuestra superstición y vuestra cobardía
sólo merecen lo que os proporcionan
obediencia penuria y cadenas!
Le empujaron hasta la hoguera
y su alarido restableció el orden
de la tribu y del universo
—durante el tiempo que tardó en arder

En el curso de los milenios
los lujuriosos de la sinceridad
fuimos odiados perseguidos
cazados como ratas
Las religiones y el poder
no toleraban nuestro desprecio
ni nuestro coraje suicida
Hostigados, hemos optado
por extremar nuestra iracundia
hasta llegar a denunciar
el pánico en el fondo del placer
la ofuscación en medio del trabajo
el miedo a las fauces del tiempo
en la paternidad Hoy ya no hay nada
que amortigüe nuestra locura
A los serenos les llamamos cómplices
cualquier concesión nos infama
y apostrofamos al olvido
Somos llamas de orgullo Somos
llamas de algo orgulloso Somos
fogonazos de apocalipsis

(Pero cuando alguien nos invita
a mencionar una solución
algo que acabe con el pánico
algo que transforme a las turbas
y sus guardianes en una armonía
definitivamente humana

entonces

nos refugiamos en nuestra cueva
lloramos con humildad abominable
mordemos nuestra lengua hasta vaciarla
de sus gallardas acusaciones
escupimos sobre nuestros espejos
y arañando a la oscuridad
reconocemos al terror
en nuestro propio corazón Más tarde
ovillados como los fetos
crujimos de silencio y de espanto
con la cabeza embadurnada
en interrogaciones inútiles)

Oh materia materia qué ominoso castigo
tu propia ceremonia innombrable!

LENTOS COMO INMORTALES

Hay trozos de ti mismo
ocultos en ti mismo Carcomas
hechas de tu propia materia
Callan mientras trabajas
callan mientras te engranas
sin pasión en la historia
Pero luego se agitan
reaparecen durante
tu pesadumbre tu fatiga o tu asco

En la oquedad de tus claudicaciones
en ese recinto sin forma
donde crecen canas siniestras
y arrugas ininteligibles
ellos deambulan en redondo
silenciosos como amenazas
Lentos como inmortales

Son tú De ti Proceden
del vaivén de tu edad
Vienen de un viejo ayer
aterrador de cicatrices Vienen
del hormiguero de tu nombre
Llegan desde algún llanto
reprimido con furia
De algún adiós que hiciste
sin convicción ni olvido
De una áspera respuesta
que omitiste humillado De un fuego
que apagaste con sed
De una sed que apagaste huyendo
ardiendo

Son la venganza

Y a veces cuando cierras
ese cuaderno infame en donde
como a una mariposa podrida
has pinchado una noche
o un amor o un fracaso ellos avanzan
ellos los vengadores sobrevienen
pululan y dan golpes
en las entrañas —tú— que los apresan
y con voces casi inaudibles
pavorosas y resurrectas
te llaman te llaman te llaman
—Pero cómo modificar
cuanto ya no te pertenece
Ahora y ayer ya no caminan juntos

Ahora prestas oído
a esas voces del fondo

y las soportas como puedes
Y auscultas como puedes
el avance de esa carcoma
Y deslizas sobre tus años
una mirada solitaria

tu propia y sola herencia

HORA DE NOCHES

emparedado en un silencio
de madrugadas sucias de envejecido origen
de un modo helado suele sonreír
festejando su hora de noches

horas con olor a mal habitada covacha
y a taxativa lucidez posiblemente errónea
y a crimen nonato y a impúdico terror
y a cosa súbita y sin vértebras
hora de noches

horas temibles y preexistentes
como deseos abominables
horas como un horrendo lienzo por la pared
desde el que innominadas bestias
apostrofasen al espectador
horas de hora de noches

desperdicios mutantes de todo lo real
o almas incompetentes de la materia
sudor inconforme del tiempo
arrugas vejatorias de lo oscuro
simientes mal nacidas
voces agachadas y pétreas que destilan
sofocaciones y venganzas

noches agrias que escupen miseria a la cabeza

EN VOS CONFIO

Ven otra vez socórreme apacigua este frío
Aproxima una mano de luz por las horas retintas
El desconcierto hiela mis huesos y mis ojos
Estoy abandonado de la felicidad

Protégeme poema
Sano sólo me queda este odio a la desdicha
Dame calor acércame las palabras alucinantes
Fonema colorado abre tu portalón solemne
y pasará a la cueva grandiosa del lenguaje
orando interminable la sílaba sin fin

Mira a este can salvaje atado con cadena
Mira a este tigre altanero extenuado en la lluvia
Y mira a mi velocidad tumefacta de miedo
Acércate poema dame una medicina desaforada
Delibera con todas mis vísceras, regresa sudoroso
maravillosamente sucio de humores y de sangre
y díme qué te han confiado qué les ocurre
descíframe recítame mi propio secreto
Apresúrate sílaba me apago

Estoy abandonado de la felicidad
y como el alacrán que se mata con su propio veneno
con mis preguntas me estrangulo Responde tú poema
Siéntate en una silla junto a mí y dame plática
tú eres el brujo más misericorde
tú eres el sacerdote boreal

Ven otra vez Aproxima una mano de luz
Acerca las palabras fantásticas
Una jauría de ininteligibles
va cercando a mi vida y a mi cuerpo sagrados
con bocados, con alimañas Asóciate a mi corazón
baja a esta selva y sé mi camarada agosto
Combate a mi favor contra esa peste a cataclismo

contra ese caldo soez de error y de amenaza
ven otra vez Socórreme Socórreme poema
Tú eres el enigmático solar

En vos confío En vos confío En vos confío

FÉLIX GRANDE
Alénza, 8
MADRID